

Prefacio

Cuando se escribe un libro dicen que no se ve el final. Todo parece poco y siempre tenemos la sensación de que nos falta lo más importante. No tenemos certeza de si está toda la materia que queríamos exponer o aún faltan contenidos. Nuestra intención con este trabajo ha sido la de presentar situaciones que desemboquen en otras diferentes y se produzca un efecto cascada de llamamiento al interés. En lo que no tenemos dudas es en el propósito de introducir continuos envites que inviten a conocer más y mejor la comunicación no verbal y la didáctica. Dos ámbitos de estudio que nos apasionan y entendemos que es necesario realizar una profunda reflexión sobre la relación, los aportes y las mejoras entre ambas disciplinas. El haberlo conseguido con este libro sería otro debate. No obstante, la finalidad que persigo es la de resaltar la importancia de la comunicación no verbal durante el desarrollo del acto didáctico en todos y cada uno de los diferentes niveles educativos.

Siempre hemos mantenido la opinión de que al profesor no hay que «seguirlo» sólo por lo que dice sino, fundamentalmente, por lo que hace. Pues bien, les sugerimos que también observen cómo lo hacen. La observación ha de ser constante y bien intencionada. Con todo, puede convertirse en un modo de disfrute y, sobre todo, de consideración por nuestra labor profesional, sin olvidar la influencia que recibe en el apartado personal.

La intención que perseguimos en estas líneas es la de invitarle a aprender a enseñar, y el resultado lo presentamos con un doble recorrido. Por un lado, con respecto a nosotros mismos, ya que nos veremos, y podemos tener la sensación de que podremos mejorar con ponernos más o menos serios, con mover la mano hacia la pizarra o invitando a ese alumnado de la última fila a participar. Y por otro lado, con respecto al alumnado, pues les facilitamos una apariencia que, en ocasiones, se

mantiene durante todo el curso académico o se perpetúa en el tiempo. Algo que nos hace pensar en cuánto cuesta eliminar un apodo que nos ha colocado el alumnado a partir de un determinado comportamiento en el aula o a raíz de una mirada o forma de llegar a clase.

A veces, no reparamos lo suficiente en la manera de caminar, vestarnos, peinarnos, calzarnos o llevar un pendiente, o dos. Creemos que no influye sobre los demás nuestra forma de cruzar los brazos en una tutoría o dónde nos sentamos a la hora de estar en un seminario. Creemos que es necesario saber saber qué momento es el más idóneo para acercarnos al alumnado o si nuestro olor corporal puede llegar a evitar una situación empática. O bien, si nos hemos parado a pensar en el «peso» de nuestra mirada, pues a veces ésta actúa con más vigor que un manotazo en la mesa o un grito. Entonces, el objetivo que perseguiremos será el de que cambien estas apreciaciones sobre la didáctica y la comunicación no verbal. Ambas no sólo se complementan sino, que además forman parte de nuestra práctica diaria.

No podemos ni debemos olvidar las múltiples posibilidades que se derivan del conocimiento y el uso adecuado de la comunicación no verbal en nuestra responsabilidad didáctica. No debe ser algo anecdótico que la utilizamos como un fin de fiesta. Hemos de cuidar la comunicación no verbal en el amplio sentido del término, y no descuidar la didáctica. Son dos artes que requieren de *oficium*. Reivindicamos la comunicación no verbal y la didáctica como dos iniciativas que nos pueden ayudar a mejorar situaciones. No dejemos que un ademán contradiga lo que estamos compartiendo en el seno de la clase. Suscribamos, adelantemos, invitemos a participar o demos por zanjado un asunto a partir de las posibilidades que se derivan de la comunicación no verbal. Se trata de una aliada, pero hay que conocerla bien y emplearla de forma idónea. La comunicación no verbal y la didáctica no son las dos caras de una misma moneda, sino que se trata de una moneda con dos caras, la que nosotros presentamos y la que los otros interpretan. En definitiva, démonos la oportunidad de mejorar la enseñanza a través de ella.

El autor

Prólogo

En un contexto social, en el cual muchas veces los gestos y las imágenes pueden valer mucho más que las palabras, y muchas veces lo valen de verdad, la comunicación no verbal se ha constituido como forma de interacción, de enseñanza muy eficaz. Pero hay que comprender la necesidad de su instrumentalización funcional y su proceso de constitución comunicativa, donde la relación entre saber y enseñanza supone algo más que una mera transmisión de conocimiento. Y así se forma y transforma un proceso interactivo que reúne variables estéticas y de sensibilidades perceptivas que trascienden a la «teleología depositaria del saber bancario».

La relación didáctica-imagen asociada a la pedagogía visual y sensitiva, es fundamental para las nuevas eficiencias de la educación interactiva del siglo XXI. La comunicación no verbal es hoy un tema de capital importancia en el escenario social y, particularmente, en el campo de la educación. Las formas de enseñanza buscan cada vez más las percepciones estéticas y de otras naturalezas, como las vinculadas al tacto que generan contacto o las olfativas que irían desde el sentir o el imaginar, además de conocer medianet el olor o el hedor, conformándose como elementos de información, comunicación y saber compartido.

En este sentido, los procesos didácticos han cambiado el foco de su atención adecuándose a las nuevas necesidades de esta forma de enseñar. Sin embargo, es necesario percibir que existe una relación interdisciplinar, y a la vez necesaria, al establecimiento de estos cambios, para que no se incurran en posibles errores instrumentales o meramente teleológicos, en una sociedad donde cada vez más se generan cambios a consecuencia de las muchas formas plurales de presentación, representación e interpretación de los nuevos saberes. Es este, justamente, un aspecto cualitativo que el libro, *Didáctica y comunicación no verbal*, nos

presenta. Hemos de mantenernos alerta en esa nueva configuración del saber compartido, aprendido y reestructurado, de manera sensiblemente comunicativa.

El texto está escrito de forma fluida y profunda por el profesor del Departamento de Didáctica de la Universidad de Cádiz, Víctor Manuel Amar Rodríguez, quien presenta esas nuevas demandas educativas, destacando la paralingüística, la proxémica, la háptica, el efecto de mirar, la comunicación corporal y gestual, además de todo lo relacionado con las expresiones faciales y olfativas, así como el modo de peinarnos, caminar, vestirnos, portar nuestros abalorios o usar nuestras gafas, sin evitar las expresiones orales. Todos y cada uno de estos elementos contribuyen al ejercicio comunicativo y de la didáctica. Igualmente, el presente libro centra la atención sobre todo en el entramado, sutil pero imprescindible, de las formas corporales del saber en toda su dinámica expresiva.

Por consiguiente, el libro se presenta de un modo afinado y estructurado en torno a la reflexión sobre la estética de la comunicación no verbal, sintonizándose con la realidad postconvencional, en la cual encontramos una imagen interactiva y sensible, que se desenvuelve en una interacción donde tanto la imagen como lo perceptivo son aspectos fundamentales de estas nuevas formas educativas.

Las formas de visualizarse, de mostrar nuestra sensibilidad, de gesticular o de poner en práctica nuestra teatralidad expresiva de la comunicación son verdaderos instrumentos gracias a los cuales los mensajes y los contenidos son procesados y pasados didácticamente al otro interactivo-sensitivo. La interacción socio-educativa entre el maestro/profesorado, estudiante/alumnado junto con el espacio vital constituyen un acto de experiencia compartida en un ámbito interpretativo, haciendo que el proceso educativo se enriquezca mediante la acción de presentar, representar e interpretar el conocimiento. Y, con todo, promover una sintonía, dialécticamente constitutiva y significativa para las relaciones entre la didáctica y la comunicación no verbal.

En esta obra, que me gratifica presentarles a modo de prólogo e invitación a la lectura, podemos comprobar que el alumnado y el profesorado aprenden y crean juntos nuevos conocimientos, además de generar nuevos cuestionamientos, sin que exista, eso sí, una inversión en los papeles. Las formas de conocimiento en general, y la educación en particular, no pueden olvidarse de las muchas demandas exigidas por la sociedad de la información y del conocimiento en el siglo XXI considerando, sobre todo, la estructura disponible que nos facilitan las nuevas tecnologías (nuevos medios/pantallas/dispositivos inalámbricos,

tecnologías de la información y de la comunicación —TIC—). En estas estructuras cada vez más somos actores emergentes y visualmente activos. Y en este proceso interactivo contamos con la necesidad cada vez mayor de una instrumentalización comunicativa, donde lo didáctico y lo corporal mantengan una relación pertinente.

El contexto en el que esas nuevas configuraciones educativas son presentadas forman parte de este maravilloso libro que recomiendo como instrumento de lectura, necesario para el disfrute, la comprensión e interpretación de los nuevos saberes didácticos y comunicativos no verbales en la sociedad contemporánea. Es decir, el mundo contemporáneo es fundamentalmente imagen, información y tecnología, pero para comprenderlo un poco más se hace necesario una inmersión intelectual en las múltiples referencias didácticas visuales que hemos de dominar, atendiendo a sus códigos y a sus valores además de utilizarlas con seguridad, espíritu crítico y capacidad reflexiva. Y, seguramente, esta obra nos proporciona esa sensibilización tan necesaria como demandada en la actualidad, además de darnos a conocer y establecer los vínculos imprescindibles para comprender un poco mejor las relaciones que existen entre la comunicación no verbal y la didáctica.

Sérgio Luiz Pereira da Silva
Sociólogo. Doctor y profesor del programa de post-graduación
«Memoria social»
Universidad Federal del Estado de Río de Janeiro-UNIRIO (Brasil)

Sobre la didáctica y la comunicación no verbal

*«Las palabras pueden muy bien ser lo que emplea el hombre
cuando le falla todo lo demás»*

George du Maurier

La idea que perseguimos con estas líneas introductorias no es la de hacer una sinopsis sino, más bien, la de invitar a la lectura del presente capítulo. La amplitud de miras con la que hay que abordar la educación del siglo XXI conlleva un ejercicio continuo de reflexión en torno a ella, sin olvidar que los contextos cambiantes y fluctuantes hacen que la nueva educación se esté reescribiendo constantemente. Por otro lado, la didáctica será nuestro marco referencial para analizar y abordar la realidad, mientras que la comunicación no verbal la consideramos como un recurso válido para mejorar nuestra práctica. Por ello, establecemos una relación dual entre docente y discente y le otorgamos funciones tales como la de enseñar —que la hacemos coincidir con el ejercicio de presentar— y la de explicar —que la concebimos como el hecho de representar—, mientras que el entender está suscrito al ámbito del alumnado y supone un saber interpretar lo que está sucediendo para poder sacarle el máximo provecho a la experiencia educativa. Igualmente, la visibilización de la «teatralidad» es necesaria en el acto didáctico, pues puede llegar a mejorar la intención de que los demás comprendan los contenidos. No se trata de convertirnos en actores o actrices, es saber que con pequeñas dosis, con la posología idónea de comunicación no verbal podemos llevar a cabo una *teatralización* de los contenidos y defender el pensamiento brechtiano donde se distinguen dos tipos de saberes: un saber profesional, que lo hacemos coincidir con los contenidos, y un saber artístico, que reivindicamos a través de la comunicación no verbal y la didáctica.

1.1. En el contexto de una educación para el siglo XXI

No hace mucho tiempo, los contenidos y su transmisión ocupaban la intencionalidad exclusiva del profesorado. La preocupación porque

éstos estuvieran anclados en la parte perteneciente a los discentes era casi la única intención. El docente llegaba al aula, definía quién debía mantener el liderazgo y a partir de ese momento se hacía el silencio. En principio se interpretaba como interés por esos conocimientos; pero no se puede olvidar que el alumnado se sentía más cautivo que cautivado. El pensamiento persuasivo inspirado por Edgar Morin (2001) o Philippe Meirieu (2006) como el resultado de una relación entre personas se diluía. Lejos quedaba aquella propuesta invisibilizada de la persuasión como una estrategia de aproximación. Hablar por hablar... escribir por escribir y luego evaluar por evaluar. No había una relación, no se mantenía una armonía entre lo que se dice y cómo se dice. El discurso, como resultado de lo que se dice y del cómo se dice, se descomponía. No importaba ni el a quién o el para qué, mientras que se lograra mantener un aula silente. El durante no interesaba pues el tiempo lo imponía el profesorado, y si el alumnado manifestaba *disconfort* no se mostraba el menor interés por solucionarlo. La narrativa interminable del profesorado se continuaba hasta cansar y provocar una desconexión. Probablemente, el profesorado no sabía hacerlo de otra forma y, tal vez, el estudiante no se atrevía a mostrar su desconformidad.

En el contexto de una educación para el siglo XXI, cabría hacer mención a la sociedad del conocimiento con su plataforma aliada de las tecnologías de la información y la comunicación, además del desarrollo de la capacidad de innovar. Las tecnologías abonan el territorio de la contemporaneidad, lo *semantizan* y hace que nuestras prioridades u omisiones estén sesgadas por sus orientaciones. Un territorio cambiante, que nos debe interesar porque nos coloca como protagonistas y actuantes.

«Internet y las TIC están presentes en todos los ámbitos sociales y de la vida cotidiana y de ahí que los centros educativos se vean en la imperativa necesidad de actualizarse. Los nuevos estudiantes han nacido y crecido con las nuevas tecnologías y, por ende, están acostumbrados al uso de las mismas. Sin embargo, con los profesores no ha sido así. Si bien hay docentes que ya tienen una amplia experiencia en el uso de las TIC, aún hay muchos en los que dicha experiencia es casi inexistente y el cambio será muy difícil de llevar a cabo» (Roig y Rosales, 2011: 347).

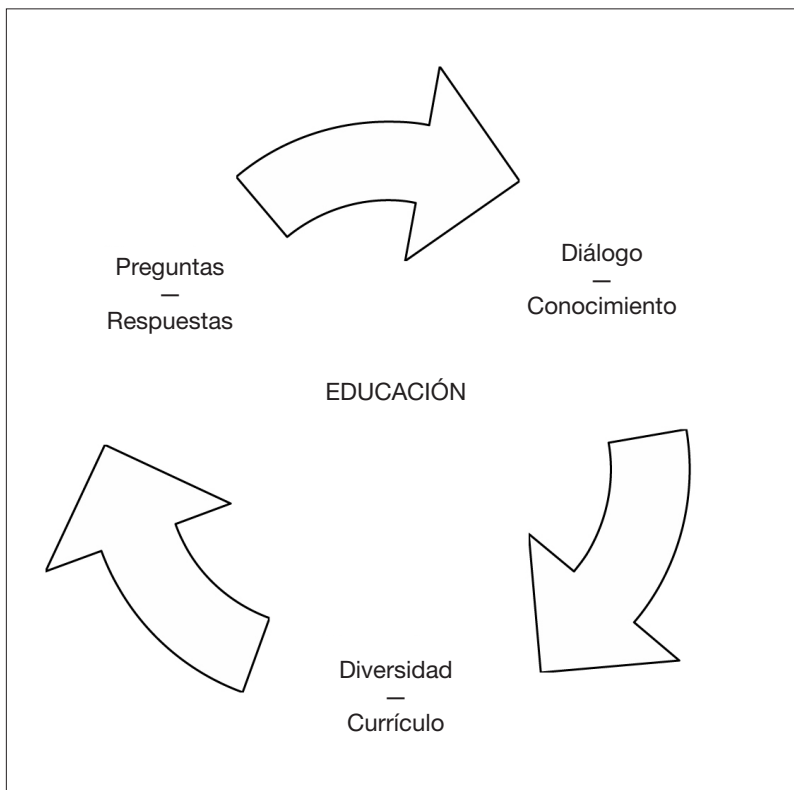
La innovación pasa por no quedar obsoleto. No nacer con fecha de caducidad. Innovar es sinónimo de mejorar. La innovación consiste en realizar un ejercicio previo antes de acudir al aula que es, por ejemplo, el de diseñar nuestra acción. Diseñarla para prever actuaciones, para

mejorarlas. La didáctica es algo más que enseñar o explicar. Es un ejercicio completo de enseñarlo todo —en el sentido de lo que cada uno o una sea capaz de integrar en su vida. Tal vez, la simplificación de algo pueda ayudarnos en principio a ubicarnos sobre una realidad que vamos a compartir para luego otorgarles otros significados y, de este modo, nutrirla. Un proceso contextualizado que tiene a cuatro protagonistas: el profesorado (el responsable), el alumnado (el co-responsable), el aula y el currículo.

El profesorado desempeña una función emergente con respecto a la capacidad de decodificación de la comunicación no verbal dentro del contexto del aula. No basta con haber desarrollado habilidades para transmitir contenidos, hemos de hacerlos comprensibles. Un gesto vale, a veces, más que mil palabras y no hemos de olvidar que la mirada analítica y reflexiva del alumnado está continuamente evaluándonos. Mientras, el alumnado no puede quedar sumido en la invisibilidad del grupo clase, suscribiendo su anonimato. Ha de desenvolverse con propiedad y saber manifestar lo que no quiere, de la misma manera que demandar todo aquello que quiere. Ahora bien, el aula es el escenario y el currículo es un entramado repleto de complicidad que concretiza «la cultura, la ciencia y el arte en un proyecto didáctico que se trabaja en el sistema de comunicación que se genera en el aula» (Pérez Gómez, 1998: 35-36). Curiosamente, Ángel Pérez Gómez habla de arte —que nosotros interpretamos como manera de exponer algo—, y de comunicación como un principio o manera de socialización (en el sentido de que transmitimos *logos* —palabras, sentimientos—), de expresar (con la idea de aclarar nuestras ideas y, con ello, nuestros sentimientos, argumentos...) y de comprender el mundo —según Paulo Freire (1990) *saber leer el mundo*—.

Un currículo que es un proyecto político y educativo de extrema relevancia para el desarrollo del modelo social y educativo de este siglo XXI, que evoluciona e innova y, además, se hace coincidir con la decisión, elección y organización de lo que hay que enseñar; en este sentido, el currículo se piensa y se diseña para ser llevado a la práctica. Por ello, el currículo es el campo y eje vertebrador del trabajo didáctico. Tenemos dos elementos pertenecientes a una misma realidad: currículo y didáctica. El primero se asocia a la lucidez —entendida como aquella luz que orienta el camino del razonamiento, en las expresiones o en el estilo—; mientras que la segunda representa la calidez —el entusiasmo por comunicar.

«En la medida que un currículum requiere hacer propuestas de trabajo coherentes, con sentido para el alumnado y por supuesto para el profesorado, en esa medida se requiere debatir, aclarar y negociar los objetivos de las tareas escolares que se planifiquen y propongan, así como plantear y discutir posibilidades y alternativas. Es una forma de aprender a moverse en estructuras flexibles, en una sociedad y momento histórico que han convertido la flexibilidad en una de las palabras mágicas de mayor actualidad» (Torres, 2002: 89).



Fuente: elaboración propia.

La didáctica, igualmente, la contemplamos en su doble acepción: como conocimiento y como acción práctica. Por ello, la didáctica es una disciplina que tiene como finalidad comprender los acontecimientos que se producen, que se pueden dar lugar en el proceso de enseñanza-